
ENSAYOS

Don Pedro Henríquez Ureña

Luis Beltrán Guerrero

Escribo esta crónica, bajo la impresión de la nostalgia, porque el 29 de junio, viernes, se cumplió el centenario del nacimiento del humanista dominicano don Pedro Henríquez Ureña, uno de los maestros del castellano en ambos mundos, al lado de Bello, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Unamuno, Ortega, Cuervo, Caro, Montalvo, Sarmiento, Rodó, Darío, Vasconcelos, Reyes, Varona, Hostos.

Quiso la voluble suerte que me tocase tratarle de cerca, adscrito como estuve al Instituto de Filología cuyo director era Amado Alonso, con don Pedro como colaborador inmediato.

Cuando, en afán de superación, y para llenar las lagunas-lagos de una muy defectuosa instrucción, aunque bastante buena educación, viajé a la Argentina a mediados de 1945, foco entonces de las mejores humanidades, con Sánchez Albornoz, Mondolfo, Tovar, Zamora Vicente, Rey Pastor, Morente, y tantos otros, en compañía de Aquiles Monagas, Alberto Wayvesant Massiani, Gonzalo Pérez Luciani, J. Villalba, Ernesto Mayz Vallenilla, Horacio Cárdenas y Carlos César Rodríguez (estos dos últimos, los únicos que conmigo, resistimos allá el corte de cambur estudiantil que nos hizo muy rápidamente la gloriosa revolución de octubre), llevé, por aéreo, un cajón, (no era tan cajoncito), encomienda que Alberto Henríquez, desterrado entonces en Venezuela, tenía para su tío, pero que en años no había podido encontrar medio seguro de hacerla llegar a sus manos.

Al llegar a Buenos Aires con mi tesoro, llamé por teléfono a don Pedro. Era el atardecer, y en la calle se voceaba y se vocearía toda la noche: ¡Viva el almirante Bornengo Lima! Perón preso. Evita se movía en todas partes, agitando: Perón es la cabeza, Miranda el brazo, yo soy el corazón. En vano se había descolgado el colgante puente de Avellaneda, ciudad obrera: las multitudes atravesaron el leonado río, y por días y noches habían quebrado vidrieras, comido, bebido, dormido, defecado, gritado, en las calles porteñas, por el justicialismo y sus caudillos militares, civiles, femeninos y sindicales. Cuarenta años, con paréntesis de destierros, duraría ese poder, sin que militares o civiles pudieran superarlo, mejorarlo, perfeccionarlo, o destruirlo. Un embajador norteamericano, Braden, encabezaba al parecer, a los demócratas. Entre ellos nuestro P.H.U., quien,

desde ese fracaso político de entonces, fue paulatinamente anaranjando el color del rostro y los sentidos políticos.

—Acabo de llegar de Caracas, don Pedro. Le traigo un cajoncito que la manda Alberto. —Guerrero, si puede, tráigamelo ahora mismo. Pago el taxi. —No es necesario, don Pedro, se lo llevo, tan pronto termine de cenar. La verdad era un entreacto de comedor, porque el mozo se resistía a servirme. Llamé al jefe del hotel, y éste al mozo. —“Ese señor me ha irrespetado, insultado, por eso no le he servido, y he debido llamar a la policía.” —¿Por qué, dónde, cuándo, cómo? —“Sí, ha pedido huevos tibios, en su concha.” El inocente e ignorante viajero, que aún lo sigue siendo, aprendió así la primera lección de variable semántica hispanoamericana, en donde la lingüística tiende a imponer aduanas.

Fui a casa de don Pedro. Con una navaja abrió el baulejo. Quitó con fruición su forro de papel y cartón. Retratos familiares: su padre don Francisco Henríquez, derrocado por los yanquis; su madre doña Salomé, exaltada por don Marcelino; los “Ritmos” de Pérez Bonalde, con dedicatoria autógrafa para doña Salomé, desde New York; manojos de cartas amarradas con descoloridas cintas; ediciones príncipes de clásicos castellanos; traducciones de Pedro Simón Abril, prácticamente incunables, de Aristóteles, Platón, Esopo, Terencio; don Pedro lloraba. Sonia y Natacha, detrás del sillón —sus piernas abarcaban el baulillo— le pasaban las manos por el cabello. La bella, fidelísima esposa, hermana de Lombardo Toledano, cuya vigilante prudencia lo obligó a renunciar la Superintendencia de Educación en su patria, en los primeros meses del gobierno —después tan prolongado— de Trujillo, trataba de

distraerme y distraerlo. En vano. El tesoro sentimental e intelectual, tantos años esperado, le conmovía hasta los huesos. Así se hizo mi amigo. No puedo todavía soportar el peso de ese honor.

Yo me inscribí en la Universidad de Buenos Aires, aunque él profesaba en La Plata y daba sólo cursos especiales en la capital, porque me aconsejó con suma discreción: Esta es la capital; hoy, después de la guerra, la capital del mundo latino; aquí hay más de cien teatros; cientos de librerías que cierran al amanecer; todos los fugitivos de Europa han traído aquí sus economías traducidas en obras de arte, para al comienzo vivir, de ellas; en las calles verá Ud. grandes escritores y artistas que visten como pordioseros, por la guerra; aquí tiene Ud. más que aprender tanto de la vida como de la Universidad.

En casa de don Pedro conocí a Eduardo Mallea, director del Supl. Lit. de La Nación; a Ezequiel Martínez Estrada, Pte. de la Sociedad Argentina de Escritores. —No lo voy a recomendar a Mallea. Voy sólo a indicarle cómo debe iniciar su colaboración. Investigue la vida de Miguel Cané en Caracas. Allí escribió “Juvenilia,” libro obligatorio en las escuelas argentinas. Sólo hay dos mesas, para tantos aspirantes. “La Prensa” y “La Nación” Le recomiendo ésta. Hay que estar allá o acá. Nada contra Mitre, ni contra el Ejército, ni la Iglesia, ni las Instituciones. Nada contra eso cabe allí.

Después, en el Instituto de Filología, don Pedro inquiría: ¿En qué fecha publicó Gutiérrez Coll su traducción de El Vaso Roto de Sully Proudhon? —Si consigo una colección de El Cojo, se lo digo mañana. —Debe saberlo de memoria, si aspira a ser historiador de la cultura—. Otra vez me encontró leyendo al maestro aprista, viviente todavía, L.A. Sánchez: ¿Escribe a máquina, a todo

vapor, no? Otra vez, mientras yo leía a Alberto Hidalgo: Guerrero, no se desacredite. Todo eso son calumnias. Victoria, viuda desde joven, ha sabido ser ilustre mecenas, gran testigo de su tiempo, siendo bella y rica, nada tiene de qué avergonzarse. Merece todo respeto, hoy y en la posteridad.

No le gustaba cenar en forma, sino aprovechando la costumbre porteña, donde cada amigo reserva un día del mes para tener las puertas abiertas de su casa. Se iba a tomar el vino y los ingredientes (pasapalos), después de consultar la Agenda. A veces me invitaba. Un día me invitó a cenar con su hermano Max, doctor en Mundología, de charla amenísima. El joven imprudente le preguntó: ¿Cómo Ud. ha sido canciller y es su embajador? Me refería a Chapita. Y respondió: Por serlo. Fin natural y lógico de mi carrera. Sirvo a mi patria, no a un hombre. Max hablaba de todos los países, de todas las gentes, de todas las materias, con clase y donosura. Pedro: parco, preciso, profundo... —Guerrero, si Ud. quiere ser apreciado como culto, jamás ponga el tema de la conversación. Debe visitar las galerías por lo menos una vez por semana, asistir a un concierto por semana, a obras de teatro antiguas y modernas, enterarse del poeta Ponce de León de La Plata como de Elliot. Debe continuar y enriquecer el tema que los otros suelten al tapete. Aproveche las horas del sábado para ir al CUBA (Clu Universitario de Buenos Aires), en donde reciben las mejores revistas del mundo. Actualice sus conocimientos día a día. Anote de las revistas el título y autor de los artículos que puedan interesarle hoy o mañana, con la ficha correspondiente, bien clara, en su agenda.

—Guerrero, ¿no ha recibido carta de Eduardo? No, don Pedro. No tengo el gusto de

conocer al Dr. Eduardo Mendoza Goiticoa. Entiendo que es el discípulo venezolano que más distingue, pues muchas veces me ha hablado de él. —Sí, aquí tengo una carta. Es Ministro de Agricultura. Hará un gran bien a Venezuela. Pero el gobierno ha comenzado mal: como la Junta Patriótica de 1810: aumentando el sueldo a los militares. No las grandes causas necesitan idealismo y sacrificios.

Apenas por un año disfruté su socrática enseñanza. 1983.—Caracas.—
